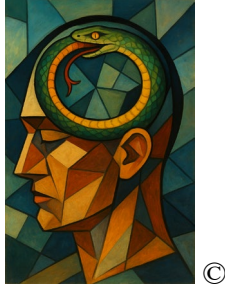


URÓBOROS EN LA CABEZA

Al estupendo “prólogo” del libro sobre Stephen Hawking escrito por mi amigo de armas...tomar Manuel Lozano Leyva



En algún lugar
entre una sinapsis
y una galaxia
late la misma pregunta.

No sé si soy estrella
o herida que recuerda luz.

Respiro
como resiste una estrella:
gravedad tirando hacia dentro,
fusión empujando hacia fuera,
y en medio
yo,
este equilibrio improbable
que llamo yo
para no decir
abismo...,
¿o mi agujero de gusano?

Dentro de mi cráneo
giran órbitas diminutas:
iones, impulsos, relámpagos químicos,
toda una vía láctea escondida
en un vaso sanguíneo.

Fuera,
la noche levanta su mapa
como un electroencefalograma del universo.
Lo que brilla arriba
es también
mi actividad cerebral a distancia.

Soy
uróboros tímido:
me pienso con la misma materia

con la que pienso las estrellas.
Me muerdo la cola
cada vez que pregunto
qué es la mente,
cada vez que respondo
con otra pregunta.

Hay días
en que sostengo mi forma
como una estrella adulta:
ni me derrumbo
ni exploto,
solo ajusto
milimétricamente
mis pequeños incendios internos.

Sube la ansiedad,
baja la razón,
entra una palabra,
sale una defensa,
y así
mi sistema psíquico
se mantiene en órbita.

Pero sé
que también en mí
acechan las supernovas.

Un duelo,
un nombre que ya no responde,
una imagen que regresa sin permiso,
y de pronto
todo lo que era estable
se desgarró hacia afuera
en un estallido lento
que los demás llaman
crisis,
locura,
depresión,
y yo llamo
reconfiguración dolorosa
de las constelaciones.

Después del estallido
quedan restos:
hábitos que ya no encajan,
frases que ahora pesan
como materia oscura,
silencios

que ocupan más espacio
que cualquier palabra.

En el centro,
a veces,
se forma un agujero oscuro.

No es maldad,
es densidad.
Demasiada experiencia comprimida
en demasiado poco lenguaje.

Alrededor
todo se curva:
los recuerdos,
los vínculos,
la forma de nombrar el miedo.

Hay un punto
—no sé dónde—
más allá del cual
mis teorías sobre mí mismo
ya no funcionan.
Ese es mi horizonte de sucesos.

De ahí dentro
no sale nada directo:
solo sueños, lapsus, síntomas,
como radiación tenue
que delata
lo que nunca alcanzo a ver del todo.

Y sin embargo
algo en mí insiste
en asomarse.

Llamo terapia
a ese telescopio
apuntando hacia adentro,
a ese laboratorio compartido
donde dos cerebros
intentan traducir
lo que emite
un agujero negro particular.

No buscamos explicarlo todo.
Las ecuaciones de la mente
también se rompen en los bordes.

Basta con saber
que incluso en la gravedad más áspera
hay parámetros que se pueden ajustar,
que ningún colapso
agota la historia de una estrella,
que ningún diagnóstico
contiene toda la biografía
de una conciencia.

Quizá eso sea pensar:
aceptar
que somos fenómeno de frontera,
costura vibrante
entre neurona y universo,
entre cuerpo y relato,
entre tiempo medible
y tiempo vivido.

Miro el cielo.
Cierro los ojos.

Arriba
una serpiente de luz se muerde la cola.
Dentro
otra serpiente de memoria
se muerde los pensamientos.

Y por un segundo
todo encaja:

la materia que arde en una estrella lejana
es la misma
que ahora mismo
se pregunta
por qué duele
ser humano.

Paco Muñoz-Martín. El Escorial 28 de noviembre de 2025.

